

mas y de conocer que existen , se háya servido de estos mismos órganos para comunicar con el hombre y manifestarle su existencia ? No hablo de la posibilidad , evidente por si misma , de este modo de accion ; hablo de su conveniencia , de su analogia con la naturaleza. ¿ Podia su autor en el instante mismo en que acababa de establecer las leyes , violarlas en sus relaciones con nuestro primer padre ? Por una consecuencia de estas leyes no podemos encontrar la certeza en nosotros mismos ; su base ordinaria es la autoridad. Luego la verdad mas importante , la existencia de Dios , debia apoyarse en un testimonio de una autoridad infinita. ¿ Y no era por otra parte conveniente en sumo grado , que habiendo recibido del Criador todas nuestras facultades , todas ellas concurriesen á conducirnos á él y á convencernos de su ser ? ¿ Qué hay en esto que se oponga á la razon ? ¿ Y por qué ha de sorprendernos mas la accion de Dios sobre nuestro oido , ú sobre nuestros ojos , que su accion sobre el cerebro á que quieren reducirle los deistas ? ; O profundísimos talentos , que de pura lástima os dignais enseñar al Todopode-

roso los medios que debió emplear para revelarse primitivamente á su criatura !

Esto que toco aquí muy por encima se tratará con toda extension mas adelante. Bástanos ahora la prueba de hecho que ofrece la tradicion universal. Y no se nos diga que esta se reduce á la deposicion de dos testigos ; porque en primer lugar , nosotros no sabemos en qué época cesaron las comunicaciones sensibles del Criador con el hombre \* ; y , en segundo , hemos visto que , dependiendo de mil circunstancias variables el número de testimonios que se requieren para producir una certeza completa , debia determinarse únicamente por el consentimiento comun <sup>1</sup>. ¿ Y hubo nunca un consentimiento mas unánime que el que sancionó el testimonio de nuestros primeros padres ? ¿ Y qué verdad será respetada por la duda , si llega á penetrar esta al traves de

\* Además de nuestros primeros padres , é inmediatos descendientes suyos , se ha manifestado Dios , segun la Génesis , á Noé , á los patriarcas , á Moises ; y la tradicion general de los pueblos atestigua que en el principio , eran frecuentes estas comunicaciones ó manifestaciones , en razon de la necesidad que de ellas tenían los hombres.

<sup>1</sup> Véase la *Defensa* , cap. XIV.

este magestuoso recinto de todas las generaciones y de todos los siglos colocados al rededor de ella para defenderla?

¿Quereis disputar al género humano su tradicion? en este caso y necesariamente, disputad á cada familia, á cada pueblo su tradicion particular menos atestiguada y por consiguiente menos cierta. Romped todas las historias, negad todos los hechos, los testimonios; renunciad en vosotros mismos de la posibilidad de creer, de afirmar y conocer cosa ninguna; dudad de todo lo que fué, y, con los ojos cerrados, sentaos silenciosos entre las ruinas de lo pasado y las tinieblas del porvenir: simulacro vano, colocado entre dos mundos, para indicar á las inteligencias fastidiadas de la vida, la senda de la nada.

Ciertamente es ya una prueba bastante fuerte de la existencia de Dios, que sea preciso ó admitirla ó desechar todos los hechos tradicionales, todas las relaciones de los sentidos, lo que traeria consigo, si fuese posible al hombre ser consiguiente hasta este punto, la destruccion de la sociedad y de la razon humana. Sin embargo seria muy ligera la idea que tendríamos de la

demencia del ateo, si no comprendiésemos además que no puede negar á Dios, sin negarse á sí mismo, sin verse precisado á dudar del sentimiento íntimo que le asegura de su propia existencia; porque ya he hecho ver que la certeza de las verdades de sentimiento, descansa así como tambien la de las verdades de sensacion, sobre la autoridad general ó el consentimiento comun. Cualquiera pues que se atreviese á negar una verdad de sentimiento universal, debería dudar de todo lo que siente ó se figura sentir; pues que, como ve cualquiera; si el género humano ha podido ser engañado perpetuamente desde su origen por un sentimiento falso, ningun hombre puede responder de que el sentimiento mas invencible para él no sea una ilusion.

Ahora bien, jamas hubo pueblo alguno que no tuviese el sentimiento de la Divinidad<sup>1</sup>. El sentimiento se manifiesta por la accion, como el pensamiento por la palabra; y en todas partes vemos un homenaje, un culto público tribu-

<sup>1</sup> Véase la *Defensa*, cap. X.

tado por la sociedad al soberano Ser. « Podréis encontrar, » dice Plutarco, « ciudades sin murallas, sin casas, sin gimnasios, sin leyes, sin el uso de la moneda, sin el conocimiento de las letras; pero nadie vió jamás un pueblo sin Dios, sin oraciones, sin juramentos, sin ritos religiosos. »

No podemos dejar de reconocer, con Ciceron, en *este consentimiento unánime de los pueblos, la ley misma de la naturaleza*<sup>2</sup>; porque esta y sus leyes, aun las físicas, no se reconocen sino por este carácter de permanencia y de universalidad. Luego negarse á creer en Dios, sofocar en sí este sentimiento, es pretender substraerse á una de estas leyes naturales, que son para todos los seres las leyes de la existencia; y no debemos ya sorprendernos de que la muerte de la sociedad y del hombre, sean el resultado del ateísmo. El que viola la naturaleza de los seres, también los destruye; y no hay otro medio para darles la muerte.

<sup>1</sup> PLUT. *adv. Coloten.*

<sup>2</sup> *Omni in re consensio omnium gentium, lex nature putanda est.* Tuscul., lib. I, cap. XIII.

Yo no examino si es absolutamente posible que una criatura inteligente pierda todo sentimiento de Dios; al menos no hay alguna que antes no le haya tributado testimonio. La mano de este malvado consumado, ahora tranquilo en la apariencia, ha temblado al cometer el primer asesinato. Se dice de él que ha sofocado los remordimientos: luego los ha sentido, luego ha temido á Dios. Pero no busquemos entre monstruos, argumentos tristes; del hombre es de quien tratamos.

¿Qué medio hay para desconocer el sentimiento de la Divinidad, en la inclinacion natural que incesantemente le conduce á hacer actos, por decirlo así, de su dependencia de un Ser superior? De tal manera que hasta en aquellos lugares donde la ausencia de un poder público le deja bajo las solas leyes de la familia, cada familia, y si se quiere subir hasta un estado mas imperfecto todavía, cada individuo tiene su culto, muchas veces, es verdad, caprichoso y extravagante; porque á proporcion que el hombre se aísla, el conocimiento y la autoridad de las tradiciones se debilitan, y viene á

quedar mas dependiente de su razon particular; la que desde luego se deja ver necesariamente con sus caracteres propios que son la debilidad, la inconsecuencia y la obscuridad.

Peró á pesar de los errores de su espíritu, el hombre en todas partes tiene el sentimiento de un poder soberano, sabio, previsor, que oye su voz, que juzga sus acciones y dispone de sus destinos. Si desea, si teme, si padece, le invoca. ¿Qué no hace por aplacarle y hacerle propicio? El riesgo de las religiones falsas proviene únicamente de la energia de este sentimiento, algunas veces superior al amor mismo de la vida. Universal como el pensamiento, tambien como él, y mas sensiblemente que él, es el signo distintivo del hombre, á quien los antiguos, por esta razon, creyeron no poder definir mejor que llamándole *un animal religioso*. Señáleseme en efecto la region en que este rasgo de su naturaleza esté enteramentè borrado, donde el desgraciado, el inocente oprimido, la madre temerosa por su hijo, no levantan al cielo sus ojos y sus manos suplicando: movimientos maravillosos que determinan, no la disposicion de

los órganos ni algun impulso fisico, sino las leyes de la esperanza, y la eterna y fuerte inclinacion de nuestra inteligencia hácia Dios.

No es posible asignar otra causa á la necesidad que sentimos de un bien perfecto, infinito, hácia el cual vuela nuestra voluntad con una fuerza invencible. Nosotros queremos ser felices, y no podemos serlo sino por la posesion de este bien, que es Dios mismo. Fuera de él no encontramos mas que inquietud, tedio, disgusto, una fatiga estéril del alma cansada y extenuada por el trabajo del deseo. Estemos de buena fe en nuestra miseria; ¿hallarémolos por eso medios para disimulárnosla? Una experiencia pronta nos enseña que ningun objeto terreno es el bien á que aspiramos, y que le buscamos inútilmente aquí abajo al rededor de nosotros. Todos los siglos hacen resonar esta máxima. Viajamos, es verdad, en un mundo de ilusiones, pero el tiempo se da prisa á deshacer el encanto; las fantasmas seductoras á las cuales nuestros deseos dan por momentos una realidad imaginaria, se desvanecen en medio de nuestro corazon. Dios no le hizo tan grande sino porque

quería habitar en él. Se preparó en nosotros como una morada inmensa, donde todo lo que no es él se pierde y desaparece.

Luego el deseo natural de una felicidad infinita, los remordimientos, la oración y el culto, prueban que todos los hombres tienen el sentimiento de Dios. Mas si fuese posible que el género humano sintiese lo que no, ó se engañase sobre lo que siente, con mas razon cada hombre en particular podria ser engañado sobre lo que siente ó lo que cree sentir; y el sentimiento que tenemos de nosotros mismos, que nada vale en comparacion del sentimiento unánime de los hombres de todos los siglos, lejos de ser una prueba de nuestra existencia, ni aun daria en favor de esta una simple presuncion.

Pasemos ahora á la evidencia: segun la fuerza de la palabra consiste en una vista clara de la verdad de un principio ó de una proposi-

« Invocan á Dios todos los hombres, por corta que sea su razon, al principio de todas sus acciones, sea la que fuere su importancia. » Τοῦτό γε δὴ πάντες ὄσοι καὶ κατὰ βραχὺ σωφροσύνης μετέχουσιν, ἐπὶ πάσῃ ὀρυμῇ καὶ σμικροῦ καὶ μεγάλου πράγματος Θεὸν αἰεὶ που καλοῦσιν. PLAT., in Tim. Oper., tom. IX, pág. 501, edic. Bipont.

cion. Mas como sucede muchas veces que el espíritu cree ver con claridad lo que no ve realmente, porque el error no es visible; ó en otros términos, como hay evidencias engañosas, la certeza de las verdades evidentes descansa únicamente en la autoridad ó testimonio de un cierto número de hombres, que atestiguan que su espíritu se halla afectado del mismo modo por la misma proposicion; y si el testimonio es unánime ó la autoridad universal, la certeza será la mas completa que sea posible obtener.

Esto supuesto, yo sostengo que esta proposicion: *El universo es obra de un Ser inteligente*, es tan evidente para todos los hombres como cualquiera otro principio, y mas evidente aun que este axioma mirado como incontestable: *Dos cosas idénticas con una otra tercera son idénticas entre sí*; porque muchas personas que no son capaces de concebir esta máxima, comprenderán fácilmente la otra proposicion.

Y de hecho esta es la primera respuesta que dan los hombres en todas partes, cuando se con-

Quæ sunt eadem uni tertio, sunt eadem inter se.

sulta su razon sobre la existencia de Dios; y la unanimidad de esta respuesta confirma de tal modo la evidencia, que el que la negase, se privaria por solo esto de todo medio de discernir una evidencia real de otra falsa; por consiguiente tambien de todo derecho de afirmar nada como evidente \*, ó de la posibilidad de raciocinar

\* « Viendo los hombres sabios antiguos, que nada reprehensible habia en el cielo, ni descuido alguno, desórden ó confusion en el movimiento de los astros, en las estaciones del año, en sus revoluciones, ni en el curso del sol al rededor de la tierra que causa el día y la noche, ni en el alimento de los animales, en la produccion de los frutos de la tierra cada año; por estas consideraciones y otras tales han condenado ellos con sobrada justicia y absolutamente la impiedad de los ateos. » (PLUT. *Traité de la Superstition, trad. d' Amyot*). Preguntábase á un árabe del desierto, de qué sabia él existir un Dios: « Del mismo modo, » respondió, « que sé por las pisadas estampadas en la arena, haber pasado un hombre ó una bestia. » Otro árabe contestó á la misma pregunta: « ¿ Necesita la aurora un hacha de viento para dejarse ver? »

\* Si fuera cierto lo que tal parece á cada entendimiento, no habria error alguno; porque el error es algo, creído evidente sin serlo. No hay diferencia quanto á esto, de aquello que llaman primeros principios, y de otros principios sean los que fueren; ni entre los principios en general y las consecuencias de ellos deducidas; porque no son estas consecuencias tenidas como ciertas, ó como verdaderas, sino quando se las supone evidentes. De este mismo modo, en los juicios de la razon individual, la evidencia

pues que no se raciocina sino partiendo de un principio que se supone evidentemente cierto.

Admitido este principio, no estamos seguros de la exactitud de las consecuencias que deducimos, sino cuando estas mismas están generalmente admitidas, es decir, cuando el testimonio de los demas hombres nos enseña que en este punto su razon está acorde con la nuestra; y cuantó mas universal es esta concordia, tanto mayor es la certeza. Ahora bien, en ningun tiempo, en ningun pais ha variado la razon humana sobre la cuestion importante de la existencia de un primer Ser. Los argumentos mas fuertes con que se sostiene, consignados en los monumentos de la filosofía de todos los pueblos, han hecho constantemente la misma impresion en los espiritus\*.

es siempre la razon para afirmar, ó el motivo de la certeza, y esta razon, que es idéntica en las circunstancias todas, no tiene por consiguiente, mayor fuerza para establecer la verdad de un principio que la verdad de una consecuencia. De lo que resulta ser bastante que la razon individual pueda engañarse en un solo principio, una sola consecuencia, un solo punto cualquiera, para que resulte dudoso todo quanto le parezca evidente. ¿ Qué resultará pues entonces, si se supone que lo parecido *evidente*, o verdadero á todas las razones, pueda ser falso?

\* No siendo las pruebas particulares de la existencia de Dios

¿ En qué época tenebrosa, en qué lugar no se ha inferido del orden del mundo la existencia de un

mas que medios para poner esta grande verdad al alcance de la razon individual, y como un socorro ofrecido á su flaqueza para ayudarla á elevarse á la altura de la razon general, no entra en nuestro plan el exponerlas. Sin embargo, á favor de aquellos que puedan creer tienen necesidad de este socorro, indicaremos tres pruebas de la existencia del soberano Ser, deducidas cada una de un orden de ideas diferente, para hacer ver mejor como el hombre, rodeado de efectos y siendo efecto él mismo, se ve, por decirlo así, atraído desde todos los puntos de su ser á la causa primera y universal.

PRUEBA METAFISICA. — Bastaria para demostrar evidentemente la existencia de la Divinidad, observar que el ateismo, ó la proposicion que lo enuncia. *No hay Dios*, es contradictoria en sus términos. En efecto: ¿ Qué es Dios? La idea mas justa y la mas general al mismo tiempo que se puede formar, es la del Ser por excelencia; y así es como en la Escritura se define á sí mismo: *Yo soy el que soy*. Dios es el ser sin términos, el ser infinito, el ser necesario, en una palabra, el Ser; porque todo lo que se añade á este nombre altera la simplicidad, y parece restringir ó coartar el sentido. El ateismo se reduce pues á este axioma: *El ser no es*; axioma que encierra una contradiccion tal, que todos los hombres juntos, durante toda la eternidad, no llegarían jamas á figurarse otra mas monstruosa.

Alguna cosa existe, luego alguna cosa ha existido siempre, luego alguna cosa existe necesariamente. El mismo ateo conviene en esto, pero quiere que la materia sea este ser necesario\*.

\* Se nos ha dicho con mucha seriedad que no hay efecto sin causa, se nos repite á cada instante que no se ha hecho el mundo por sí

supremo ordenador? No hubo jamas prueba alguna que recibiese una sancion tan universal. Si

y aquí es donde extraviado por una imaginacion enferma cae en un abismo de absurdos. En efecto, existir necesariamente, es existir de tal modo que la no existencia implica contradiccion; estas dos ideas son idénticas. Y, para explicar esto con un ejemplo, es necesario que un triángulo tenga tres ángulos y no tenga mas que tres, es decir, que implique contradiccion que un triángulo tenga mas ó menos de tres ángulos; y como todo aquello que implica contradiccion, todo lo que es esencialmente imposible, no puede concebirse, nadie concebirá jamas un triángulo de dos ó cuatro ángulos. Se sigue de aquí que todo lo que puede concebirse, es posible ó no implica contradiccion. Representémosnos ahora un pie cúbico de materia, y pregúntese cualquiera á sí mismo, si no se concibe fácilmente la no existencia, si esta suposicion repugna al espíritu; todo hombre de buena fe convendrá en que no. Pues lo que digo de este pie cúbico, puedo decirlo de dos, de tres, de un número cualquiera de pies cúbicos, de la totalidad de la materia por consiguiente; y pues que ella puede concebirse no existente, no implica contradiccion el que no exista: luego no existe necesariamente, luego no es ella el ser necesario, cuya existencia se ve obligado á confesar el mismo ateo.

Para conocer ahora cual es este ser, no se trata mas que de buscar aquel, cuya no existencia implica contradiccion, ó que no puede concebirse no existiendo: yo desafio á que se encuentre otro que aquel que, encerrando en sí todas las realidades, todas

« mismo. Pero el mundo es una causa, no es un efecto, no es una obra « no ha sido hecho, por ser imposible que lo fuese. Ha siempre existido « el mundo, su existencia es necesaria. El es su propia causa. » *Le bon sens pússé dans la nature*, tom. I. pág. 39.

pues esta prueba no fuese mas que un sofisma, si, por espacio de sesenta siglos hubiera podido

las perfecciones, en una palabra la plenitud del ser, tampoco puede definirse sino por este carácter esencial que le es exclusivamente propio, el *Ser*; de modo que no se le puede nombrar sin afirmar que existe, ni negar que existe sin enunciar la contradicción mas grosera. Concebirlo, es concebirle existente; negar que existe, es decir á un tiempo que es y no es, es concebir una imposibilidad manifiesta, es no concebir nada.

Se ve pues como y porque el símbolo del ateo es necesariamente contradictorio en sus mismos términos. Haga lo que hiciere, se ve obligado á afirmar y negar á un mismo tiempo una misma cosa de un mismo ser; y la proposición: *No hay Dios*, es exactamente semejante á esta: *La verdad no es verdadera*. Era justo y conforme al orden que el error mas peligroso y mas fecundo fuese tambien el mas palpable.

Despues de las primeras ediciones de nuestra obra, hemos sabido por las observaciones que se nos han hecho, no haberse comprendido bien la prueba dada poco ha, y en su consecuencia, añadimos en esta las explicaciones siguientes.

¿Existe un Dios? Esta es la cuestión que debe resolverse, y la discutida entre el *teísta* y el ateo. Seria inútil preguntar si hay Dios, sin saber lo que se pregunta, es decir sin fijar una idea precisa á la palabra *Dios*. Por aquí debe comenzarse, pues de lo contrario el *teísta* no sabria lo que afirmaba diciendo que hay Dios, ni el ateo lo que negaba diciendo que no le hay.

El *teísta* dice así: por la palabra *Dios*, entiendo un ser infinito, que contiene en sí todas las perfecciones ó todas las realidades posibles, en una palabra, la plenitud del ser, quien soberanamente independiente, puede decir de sí mismo al contemplar su esencia: *Yo soy el que soy*; ó de otro modo, entiendo por *Dios*

el género humano ser engañado por su razon, ¿qué vendria á ser de la razon de cada individuo?

aquel, cuyo nombre propio es este: *El que es*. Este es el ente cuya existencia afirmo yo. Ahora es indispensable que el ateo admita ó no admita esta definición. Si no la admite, ya no niega él á Dios; negará cualquier otra cosa, todo lo que se quiera excepto Dios; porque tiene por objeto su negación una idea que no es la de Dios.

Si admite la definición, entonces substituyendo la definición al definido, resulta que el ateo sostiene esta proposición: *No es el que es, ó no existe el que es*.

Diráse tal vez, que comprendiéndose la existencia en la definición misma que da el *teísta* de Dios, supone él lo que aun está en cuestión, y por consecuencia que esta no prueba nada. Pero que prueben todos juntos los hombres del mundo á definir á Dios, sin que la idea de la definición entre en su noción; no lo lograrán, y esta misma imposibilidad es la que da toda la fuerza á la prueba, mostrando que es contradictorio el preguntar si hay Dios. Mas breve: ¿Puede separarse la idea del ser de la idea de Dios? ¿se tiene idea de Dios si no se le concibe como el Ser infinito? Deberá responderse que no. Luego, siempre que se discorra sobre noción diferente, es salir de la cuestión; y no se podria volver á ella, sin que la duda venga á ser lo que antes, es decir, un absurdo, una contradicción real en los términos.

Lo que á muchos engaña es, que no sucede lo mismo en otro cualquier ser que Dios. Como todas las criaturas son precisamente contingentes, no entra la idea de existencia precisamente en su noción, de modo que, para asegurarse de la existencia de alguna criatura, es necesario buscar la prueba ó la razon fuera de ella. Aplicar este mismo método á Dios, es trastornar el orden de las ideas, y condenarse á un ateísmo invencible; porque la razon de la existencia de Dios no puede hallarse fuera de él mismo.



No teniendo ya medio alguno para discernir lo verdadero de lo falso en materia de raciocinio, sería preciso dejar de racionar, y romper con

PRUEBA FISICA. — Se establece como un axioma incontestable en mecánica, que la materia es indiferente al movimiento y al reposo. Si en efecto la fuese esencial el movimiento, sería imposible concebirla en reposo. Mas, lejos de que no podamos concebirla en reposo, al contrario nos vemos inclinados á mirar el reposo como su estado natural. Muévase un cuerpo inanimado á nuestra vista, al punto nos figuramos una causa de su movimiento, ciertos de que ha comenzado y debe acabar con la impresion de la causa extraña que lo produce. Además, ¿qué entendemos cuando se habla del movimiento esencial á la materia? ¿qué viene á ser este movimiento? ¿es determinado ó indeterminado? Un movimiento indeterminado sería un movimiento en todos sentidos, y que tuviese todos los grados de velocidad á un mismo tiempo, lo que es un absurdo. No hay movimiento sin alguna direccion. Si pues el movimiento necesario es determinado, ¿en qué sentido se mueve la materia necesariamente? ¿Tiene toda la materia en cuerpo un movimiento uniforme, ó cada átomo tiene su movimiento propio? Según la primera idea, el universo todo debe formar una masa sólida é indivisible; según la segunda, no debe formar sino un fluido disperso é incoherente, sin que jamás sea posible se reunan dos átomos. ¿En qué direccion se hará este movimiento comun de toda la materia? ¿Será en línea recta ó circularmente, á lo alto ó á lo bajo, á derecha ó á izquierda? Si cada molécula de materia tiene su direccion particular, ¿cuales serán las causas de todas estas direcciones y de todas estas diferencias? Si cada átomo ó molécula de materia no hiciera mas que girar sobre su propio centro, nada habría nunca

menosprecio el último instrumento de nuestros conocimientos.

Ea pues, venid ahora, hombres sin Dios, so-

« que saliese de su lugar, y no habria movimiento comunicado; « y aun sería necesario tambien que este movimiento circular « fuese determinado en algun sentido. Dar á la materia el movimiento por abstraccion, es decir palabras que nada significan; « y darle un movimiento determinado, es suponer una causa que « le determina. Cuanto mas multiplico las fuerzas particulares, « tanto mas nuevas causas tengo que explicar, sin encontrar jamas ningun agente comun que las dirija. Lejos de poder figurarme algun orden en el concurso fortuito de los elementos, no « puedo ni aun imaginar como combaten entre sí, y el caos del « universo me es mas inconcebible que su armonía. » *Emilio*, libro IV.

De nada sirve recurrir á leyes generales para explicar la existencia del movimiento, su mayor ó menor intensidad y sus direcciones diversas. « Estas leyes, » dice tambien Rousseau, « no « siendo seres reales ni substancias, deben tener algun otro fundamento que me es desconocido. La experiencia y la observacion nos han hecho conocer las leyes del movimiento; estas « leyes determinan los efectos sin mostrar las causas; ellas no « bastan para explicar el sistema del mundo y la marcha del universo. Descartes formaba el cielo y la tierra con sus figuras de « dados; pero no pudo dar el primer impulso á estos, ni poner en « juego su fuerza centrifuga sino con el auxilio de un movimiento de rotacion. Newton encontró la ley de la atraccion, « pero la atraccion sola reduciria muy pronto el universo á una « masa inmóvil: ha sido pues necesario juntar á esta ley una fuerza proyectil para hacer describir curvas á los cuerpos celestes.

herbios atletas de la nada, venid á tomar posesion de vuestro imperio; le habeis conquistado y os

« Díganos Descartes qué ley física ha hecho girar los torbellinos; muéstrenos Newton la mano que lanzó los planetas sobre las tangentes de sus órbitas.

« Las primeras causas del movimiento no están en la materia; ella recibe el movimiento y le comunica, pero no le produce. « Cuanto mas observo la accion y reaccion de las fuerzas de la naturaleza, obrando unas sobre otras, mas descubro que de efectos en efectos es necesario subir siempre hasta una primera voluntad que sea causa; porque suponer un progreso de causas al infinito, es no suponer nada. En una palabra, todo movimiento que no es producido por otro, no puede provenir sino de un acto espontáneo, voluntario. Los cuerpos inanimados no obran sino por el movimiento, y no hay verdadera accion sin voluntad. He aquí mi primer principio. Yo creo pues que una voluntad mueve el universo y anima la naturaleza. Este es mi primer dogma y mi primer artículo de fe. » *Emilio*, *ibid.*

PRUEBA MATEMÁTICA. — De la imposibilidad absoluta de que la materia haya existido eternamente, se sigue la necesidad de la creacion, por consiguiente la necesidad de un Criador, ó la necesidad de la existencia de Dios. La imposibilidad de que la materia haya existido de toda eternidad (siempre ó *ab æterno*) se demuestra geométricamente por la imposibilidad reconocida de una serie actualmente infinita de términos, bien sea permanentes ó bien sea sucesivos. (Véase la *Dissert. de Gerdil*, t. III de sus obras, p. 261. — MACLAURIN, *Traité des Fluxions*, introduc. p. 44. MAIRAN, D'ALEMBERT, *etc.*) Yo supongo en efecto la materia eterna, se podrá suponer tambien que el órden presente del universo ha subsistido eternamente; porque por ejemplo, el movimiento de la tierra al rededor del sol, no siendo una cosa que

pertenece; pero no os engañeis, vuestro triunfo será mudo como la muerte. Impotentes para establecer nada, ni aun la duda, si os atreveis á abrir la boca, á pronunciar una sola palabra, se levantará todo el género humano para imponeros

repugne, ha podido existir en cualquier época, y desde luego nada impide suponer que ha existido siempre, ó que la tierra ha cumplido un número actualmente infinito de revoluciones al rededor del sol, lo que envuelve la existencia posible de una serie actualmente infinita de números, y por consiguiente un absurdo demostrado tal matemáticamente. Vengan á moverse dos puntos con la misma velocidad sobre dos paralelos, ó, lo que nada varía en el fondo de la hipótesis, sobre dos líneas, de las cuales una seria una rama de la hipérbola y la otra su asíntota; nos reiriamos de quien nos dijese: Llegará un momento en que se encontrarán estos dos puntos. Y sin embargo ¿dónde estaria el absurdo? únicamente en la suposicion de un punto de concurso, cuya existencia no seria posible sino en el caso en que los dos móviles hubiesen recorrido, antes de llegar allí, una serie actualmente infinita de longitudes determinadas. Echemos ahora abajo la hipótesis, supongamos á los dos móviles un movimiento inverso, y que nos digan que partieron del punto en que la asíntota toca la curva: ¿será menos absurda la asercion? ¿La indiferencia en el sentido del movimiento hace mas posible el punto del concurso? ¿Hace que la existencia de una serie actualmente infinita de magnitudes determinadas, imposible en el primer caso, sea admisible en el segundo? Reconocida una vez esta imposibilidad, se hace necesario confesar la necesidad de la creacion, y de la existencia de Dios por consiguiente.

silencio; os negará vuestro ser, y nada podréis probarle. Un sombrío y silencioso escepticismo, la noche de los sepulcros, he aquí vuestra herencia. Ninguna verdad, ninguna creencia, ningún amor por consiguiente, y por tanto ninguna acción. ¡O prodigiosa desnudez! Han sacudido, dicen, el yugo: sí; el yugo de la vida, el yugo de la inteligencia. Yo procuro representarme este estado de indigencia total, este vacío tenebroso de la razón, este movimiento sordo del pensamiento, semejante al trabajo interior de la putrefacción en un cadáver; se turba mi vista, y no veo sino sombras que se dan prisa para volver á cubrir un misterio horroroso.

El ateo arrastrado por su doctrina á la destrucción no subsiste sino porque la naturaleza, ó mas bien el mismo Dios, le obliga por fuerza á ser inconsecuente y ceder á cada instante á la autoridad general, como á la regla infalible de lo verdadero. No da un paso que no pruebe su entera fe en alguna verdad, de la cual no tiene otra certeza que el consentimiento comun. Habla, obra, luego cree; porque no se obra sino en virtud de una creencia, y el que habla cree al menos po-

der ser oído; ¿ en qué se apoya esta creencia sino en el testimonio de los hombres? Mas es preciso necesariamente ó admitirlo siempre, ó recusarlo siempre. Negar este testimonio sobre el punto en que es mas unánime, es privarse del derecho de alegarlo sobre cualquiera otro punto; es echar por tierra la base de la razón, y el ateo ni aun raciocinar contra Dios puede, ni tiene derecho para ser oído, pues que comienza por desechár la autoridad general de la razón.

¿ Quién no se abisma en un asombro profundo á vista de una locura tan extremada, y de un crimen tan grande! ¿ Es posible que el hombre llegue á tal exceso? ¿ Hay verdaderos ateos? Puede ser; porque ¡ ó dolor! ¿ quién conoce los límites de la perversidad humana? « Sin embargo, » dice Bossuet, « la tierra da pocos monstruos de esta especie; quienes, en el imperio de Dios, entre sus obras, sus beneficios, se atreven á decir que no existe y osan quitar el ser á aquel por quien subsiste toda la naturaleza: los

« No hay pueblo tan salvaje, tan bárbaro, » dice Ciceron, « que, aun ignorando lo que debe pensar de Dios, no sepa que